

Michel Foucault: micropoder, poder y tecnología política

Jorge González Rodríguez

Doctor en Filosofía. Profesor Titular del Departamento de Filosofía y Teoría Política de la Facultad de Filosofía, Historia y Sociología de la Universidad de La Habana.

Email: jgon@ffh.uh.cu

Resumen: En este artículo se intenta describir el complicado y oculto entramado que el poder político ha tejido a través de su historia. Foucault toma como referencia el proceso ocurrido en las ciencias naturales al descubrir las estructuras “micro” en la estructura de la sustancia. De ahí su constante alusión a los conceptos de “microfísica”, “microteoría” del poder político y las técnicas y tecnologías utilizadas en su evolutivo y, en ocasiones, indescifrable construcción.

Palabras clave: disciplinarización, poder político, saber, micropoder

Michael Foucault: Micro-power, Power, and Political Technology

Abstract: This paper is aimed at analyzing the complicated and occult network established by political power in the course of its history. Michael Foucault takes micro-structures discovered in the composition of substances by natural scientists as his point of reference. He draws an analogy between those micro-structures and power relationships and thus it is hardly surprising that he constantly refers to the concepts of “micro-physics” and “micro-theory” of political power, and techniques and technologies used in its evolutionary, and occasionally unfathomable, construction.

Key words: Disciplinarization, Political Power, Knowledge, Micro-power

Introducción

En la historia de las teorías sobre el poder político se han hecho explícitos los engranajes técnicos de la política en la construcción del poder en los sistemas políticos y en las instituciones de la sociedad civil. Foucault, en **Vigilar y Castigar**, intenta desentrañar los orígenes de lo que llamó “microfísica” del poder y crear con ello una microteoría del poder político, pero desde la perspectiva de la psicología humana.

El poder político no es visto por Foucault de la forma tradicional en que se estudiaba hasta el momento de la publicación de su obra. Intenta romper con ella a través de la investigación de un aspecto que, no por desconocido deja de ser, aunque imperceptiblemente, uno de los elementos más cotidianos e influyentes en la formación del comportamiento político del ser humano: la obediencia.

Desarrollo

Según el autor francés la relación culpa-castigo se extiende más allá de lo jurídicamente punible pues es el acto disciplinario desde su más simple manifestación, el cuerpo humano, hasta la más compleja, el alma humana.

La primera perplejidad que provoca la lectura de esta obra se relaciona con las siguientes preguntas ¿Qué tiene que ver todo esto con la teoría política? ¿Hasta dónde se relacionan cuerpo, alma y poder político?

El autor francés trata de desentrañar la historia del poder político vista desde otro ángulo y descorre un velo que hasta ese momento mantenía ciertas sombras sobre el fenómeno. A la construcción del poder político ha contribuido de manera implacable el desarrollo del saber convertido en técnica del poder y cuya clave es disciplinar la sociedad pues aquel “constituye lo que podría llamarse la tecnología política del cuerpo”.

El libro, según el autor, tiene varios propósitos. El primero es realizar una historia correlativa del alma moderna y de un nuevo poder de juzgar, quiere decir, buscar la génesis del actual complejo científico-judicial en el que el poder de castigar recibe sus justificaciones y sus reglas.

En segundo lugar no quiere centrar su investigación en los mecanismos punitivos y en sus efectos represivos, sino ver el castigo como una función social compleja. En tercer lugar, la punición no es resultado del derecho, sino una técnica del poder político. En cuarto lugar, es necesario demostrar lo que hay de común entre derecho penal y las ciencias sociales que, según el autor francés, consiste en una “epistemología jurídica” que subraye la convergencia entre la humanización de la penalidad y el conocimiento del hombre. En quinto lugar, indagar si esta humanización o entrada del alma en la escena de la justicia penal no es más que una manera en que el cuerpo está investido de relaciones de poder.

Estudiar la metamorfosis de los métodos punitivos significa, según el intelectual galo, descubrir la tecnología de disciplinar el cuerpo humano la cual constituye, conjuntamente con el “alma” el objeto de estudio de esta microfísica del poder político. Entonces, comprender la historia penal de la humanidad significa comprender que el escenario del castigo ha dejado de ser percibido como divertimento, repudio o escenas públicas ejemplarizantes, para refugiarse en la privacidad de una celda cuyo panoptismo discreto sustituye los viejos remedios de la violencia. Todo este proceso histórico ha podido dar nacimiento al hombre como objeto de saber. Por lo tanto, lo que pretende el pensador francés es dejar de entender la penalidad como una única forma de “reprimir delitos” ya sea severa o indulgentemente, como una forma aislada del contexto social o sistema político y comprenderlo como “fenómeno social” ligada a “efectos “positivos y útiles” y cuyo propósito es sostenerlo.

¿Cuál es el lugar y la función del cuerpo humano en este dilema? El cuerpo humano, además de ser objeto de las ciencias naturales es también objeto de las ciencias sociales y objeto de castigo especialmente en las relaciones políticas o relaciones de poder. “(...) *lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a una ceremonia, exigen de él nuevos signos (...)*” (Foucault, M. 1989, p. 32).

El suplicio desempeña una función jurídica, política y moral. Se trata del ceremonial que reconstruye la soberanía por un instante ultrajada que constituye la mínima expresión del crimen y está presente como atentado al poder político, al menos es así en siglo XVIII. Nos dice: “(...) *En toda infracción, hay un crimen majestatis (...)*.” (Foucault, M. 1989 p.51).

El poder se construye a expensas de la docilidad de los cuerpos humanos y, en nuestros tiempos, no es diferente a la de otros porque es la unión del cuerpo analizable con el cuerpo manipulable. El poder es una relación de mando-obediencia en la cual se construye la docilidad a través de múltiples disciplinas del saber. Lo nuevo en el cuerpo como objeto de poder es, en primer lugar, la escala de control en que se trabaja el cuerpo en sus partes por medio de coerciones, movimientos, gestos, actitudes, rapidez. En segundo lugar, el cuerpo como objeto de control está sometido a la búsqueda de la eficacia de los movimientos, su organización interna y la coacción sobre las fuerzas y todo ello con carácter ininterrumpido. Ello constituye toda una tecnología que, aunque difusa e inconexa, obtiene resultados coherentes pues establece la estrategia, la táctica y la técnica que la elevan a un funcionamiento eficiente. Conocimiento y dominio del cuerpo no es un privilegio de la clase dominante, ni se reduce a la relaciones estatales, sino que es un efecto del conjunto o más bien del sistema en general que se manifiesta en todas los grupos que la utilizan en su provecho. Este tipo de relaciones son los llamados por Foucault “micropoderes”.

El cuerpo humano, entonces, está rodeado de estas relaciones “complejas y recíprocas” y, al parecer -nos dice- su utilización económica está unida a esa complejidad y es útil solo sí, a la vez, es productivo y sometido. Esta dominación o sometimiento se obtiene sólo por la violencia o por la fuerza de la ideología. Aunque a veces se utilice la violencia, aquellos procesos son el resultado de un cálculo en el montaje de una técnica proveniente de su conocimiento y convertida, a su vez, en tecnología política de ese cuerpo como obligación o prohibición y, una vez invadidas sus conciencias, pueden manifestarse en innumerables enfrentamientos o focos de inestabilidad que se convierten en “micropoderes” y se extienden en toda la red para no desaparecer nunca. De esta forma llega a la conclusión de que el poder produce conocimiento y viceversa de lo cual emana la conclusión de que no es cierta la tesis en la cual se sustenta que el hombre en la medida que conoce es más libre respecto a la naturaleza y la sociedad. Todo lo contrario. El cuerpo humano se convierte en objeto del poder y del saber, de esa red o entramado de micropoderes que confluyen en las relaciones políticas. El hombre no ha creado el saber para liberarse del poder, sino para acentuarlo.

“(…) ‘Cuerpo político’ como conjunto de los elementos materiales y de la técnica que sirven de norma, de relevos, de vías de comunicación y de

puntos de apoyo a las relaciones de poder y de saber que cercan a los cuerpos humanos y los dominan haciendo de ellos unos objetos de saber.”
(Foucault, M. 1989, p. 76).

El alma (conciencia) se desdobra y tiene una realidad en su derredor, en la superficie y en el interior del cuerpo porque sobre ellos se ejerce un poder de vigilancia, de educación y corrección. Los locos, los niños, los colegiales, los colonizados, sobre aquellos a quienes se sujeta a un aparato de producción y se controla a lo largo de su existencia.

Se impone, según el autor francés, una relación de docilidad-utilidad que la llama “disciplina” como forma general de dominación.

Todo ello se logra agregando en la vida cotidiana “cosas pequeñas” que van formando esta relación de docilidad. El poder no se construye de una vez, no es algo que surge de grandes conmociones históricas o momentos, sino que es una construcción que se hace poco a poco, en digamos, pequeños cantidades que van acumulando en la conciencia y en el cuerpo las adecuadas actitudes y aptitudes para obedecer, para ser dócil ante el poder. Por lo que el autor nos descubre la función de esas pequeñas cosas cotidianas que en la mayoría de las ocasiones no advertimos como importantes.

“(…) Se define un esquema anatomo-cronológico del comportamiento. El acto queda descompuesto en sus elementos; la posición del cuerpo, de los miembros, de las articulaciones se hallan definidos (...) a cada movimiento le están asignadas una dirección, una amplitud, una duración, un orden de sucesión está prescrito. El tiempo penetra el cuerpo y con él todos los controles minuciosos del poder.” (Foucault, M. 1989, p.156).

Una educación lineal está en función de todo este proceso. La disciplina influye en la evolución individual y social del ser humano basada en técnicas de poder que administran el tiempo y lo hacen útil. El ejercicio constante hace que el cuerpo repita actos que lo llevan a un comportamiento construido bajo coerción, observación y calificación. La disciplina es, entonces, el arte de construir cuerpos dóciles. Un cuerpo singular –asegura- se convierte en elemento que se articula y mueve sobre y en coordinación con otros. Así el tiempo de uno debe

ajustarse al tiempo de otro de manera que la racionalización sea la mayor fuerza posible de cada cual y del conjunto. Este sistema necesita un proceso de mando que sea sostenido por órdenes terminantes breves y claras.

“Es posible que la guerra como estrategia sea la continuación de la política. Pero no hay que olvidar que la “política” ha sido concebida como la continuación, si no exacta y directamente de la guerra, al menos del modelo militar como medio fundamental para prevenir la alteración civil. La política, como técnica de la paz y el orden internos, ha tratado de utilizar el dispositivo del ejército perfecto, de la masa disciplinada, de la tropa dócil y útil, del regimiento en el campo y en los campos, en la maniobra y en el ejercicio. En los grandes Estados de siglo XVIII, el ejército garantizó la paz civil sin duda porque es una fuerza real, un acero siempre amenazador; pero también porque es una técnica y un saber que pueden proyectar su organización sobre el cuerpo social. Si hay una serie política-guerra que pasa por la estrategia, hay un ejército-política que pasa por la táctica. Es la estrategia la que permite comprender la guerra como una manera de conducir la política entre los Estados; es la táctica la que permite comprender el ejército como un principio para mantener la ausencia de guerra en la sociedad civil. La época clásica vio nacer la gran estrategia política y militar según la cual las naciones afrontan sus fuerzas económicas y demográficas; pero vio nacer también la minuciosa táctica militar y política por la cual se ejercen en los Estados control de los cuerpos y de las fuerzas individuales. Lo ‘militar’ –la institución militar, el personaje militar, la ciencia militar, tan diferentes de lo que caracterizaba al guerrero en otros tiempos- se especifica durante este período en el punto de unión entre la guerra y el estruendo de la batalla de una parte, el orden y el silencio obediente de la paz, de otro. Los historiadores de las ideas atribuyen fácilmente a los filósofos y a los juristas del siglo XVIII el sueño de una sociedad perfecta; pero ha habido también un sueño militar de la sociedad; su referencia fundamental se hallaba no en el Estado de naturaleza, sino en los engranajes

cuidadosamente subordinados de una máquina, no en el contrato primitivo, sino en las coerciones permanentes, no en los derechos fundamentales, sino en la educación y formación indefinidamente progresivas, no en la voluntad general, sino en la docilidad automática.”
(Foucault, M. 1989, pp. 172-173).

Por lo tanto, según Foucault, el alma moderna nace de esta realidad controlada y vigilada constantemente. Se construye así el control de la subjetividad, la psique, la personalidad y la conciencia.

Este hombre que debe ser supuestamente liberado es efecto de algo mucho más profundo que “él mismo”. En su irreverente dialéctica interpreta la tesis de que si en la teología cristiana el cuerpo es la cárcel del alma, en la modernidad se invierte la ecuación para reafirmar ahora que el cuerpo es la prisionera del alma.

¿Cómo se logra este proceso? Foucault explica que hay “medios del buen encauzamiento”. Una vigilancia jerarquizada, convertido en un arte e instrumento de educación, está encargada de enderezar las conductas. La sanción, el examen y el panoptismo. Sistema de registro permanente, evitar aglomeración de masas compactas, ser visto pero no poder ver, ser objeto de información pero no de comunicación, inducir un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento del poder y, por último, un aparato arquitectónico que crea y sostiene la relación de poder independiente de aquel que lo ejerce. El poder debe ser visible pero inverificable. Visible porque se tiene ante los ojos la torre que vigila, inverificable porque el vigilado no debe saber jamás que es objeto de vigilancia, pero debe sospechar que en cualquier momento puede serlo. Por ello, el poder externo tiende a ser incorpóreo y cuanto más se acerca a este límite, más constantes, profundo y adquirido para siempre e incesantemente prolongado serán sus efectos: perpetua victoria que evita todo enfrentamiento físico y que siempre se juega de antemano. La disciplina, asegura, es tipo de poder.

En la antigüedad –nos dice- la civilización del espectáculo hace accesible a una multitud de hombres la inspección de un pequeño número de objetos. Arquitectura de los templos, teatros y circos predominaban en la vida pública. En la era moderna está invertida. Se procura a un pequeño número de hombres o incluso a uno solo la visión instantánea de una multitud.

“(…) En una sociedad donde los elementos principales no son ya la comunidad y la vida pública, sino los individuos privados de una parte, y el Estado de la otra, las relaciones no pueden regularse sino en una forma exactamente inversa del espectáculo.” (Foucault, M. 1989, p. 216).

La sociedad disciplinaria es una técnica para la adecuación de la multiplicidad humana en la cual se imbrican los procesos económicos, políticos y científicos. En primer lugar, hacer el ejercicio del poder lo menos costoso posible. En segundo lugar, hacer que sus efectos sociales alcancen un máximo de intensidad y se extiendan lo más posible para obtener docilidad y utilidad.

Foucault entiende que este proceso de racionalización llevado a cabo por la sociedad disciplinaria tiene el propósito de *“(…) hacerla pasar por la forma humilde pero completa de toda moral, cuando no son más que un haz de técnicas físico-políticas.” (Foucault, M. 1989, p. 226).*

Conclusiones

Se infiere de su discurso que en la sociedad disciplinaria, la moral funciona como una simple metáfora en la cual los respectivos sujetos en la relación mando-obediencia no cambian de lugar como en la vieja fórmula aristotélica. Esta sociedad, por tanto, contribuye cada vez más, a la separación entre el poder político y los que deben obedecerlo. El cuerpo, el alma y la conducta se disciplinan, por el arte del saber y del saber hacer. La reciprocidad saber-poder la cual, supuestamente, debió beneficiar a los gobernados, sólo se presenta como el servicio indeclinable del primero hacia el segundo, sin más. No existe la posibilidad de salirse de ese remolino que arrastra a los seres humanos, los modela y después los hunde en el estado de disciplina absoluto que forma parte consustancial de esa moral ingenierilmente construida en su inconsciente cultural cotidiano.

Referencias bibliográficas

Blanchot, Maurice (1986) *Michel Foucault tel que je l'imagine*. Montpellier, Fata Morgana, Editorial EDESA.

Debate con Noam Chomsky, (2006) *La naturaleza humana: justicia versus poder*. Buenos Aires y Madrid, Kats Barpal.

Fernández Agir, Domingo (2008) *Foucault, ¿una teoría política?* Recuperado de: revistadefilosofia.com/14-02

Foucault, Michel, (1989) *Vigilar y castigar*. México-España-Argentina, Editorial Siglo XXI.

_____ (1966) *Les mots et les choses. Une archeologie des sciences humaines*. Editorial Siglo XXI.

_____ (1978) *Microfísica del poder*. México. Fondo de Cultura Económica,

Habermas, Jurgen, (1989) *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taunus.

Jalón, Mauricio (1994) *El Laboratorio de Foucault*. Barcelona/Madrid, Anthropos, CSIC.